

Gustavo Tatis Guerra retrata a Lucho Bermúdez

Álvaro de Jesús Ramírez



Fotografía: Leo Matiz Espinoza. Intermedio Editores, 2021.

Gustavo Tatis Guerra es un prolífico escritor, poeta, pintor y periodista, nacido hace 61 años en Sahagún (Córdova); desde hace muchos años trabaja en el periódico El Universal, de Cartagena, donde se desempeña como redactor cultural. Entre muchos premios ganados a través de su carrera literaria se destaca el premio nacional de periodismo Simón Bolívar en 1992, el premio nacional de periodismo Colprensa en 1996, y una beca del Ministerio de Cultura de Colombia, género novela, en 1997. Publicó *Conjuros del navegante*, su primer libro de poemas, en 1988; en 2019 *La flor amarilla del prestidigitador*, crónicas sobre su amistad con Gabriel García Márquez, y en 2020 *Alejandro Obregón, delirio de luz y sombra*. Ahora nos sorprende con *Lucho Bermúdez: El*

Genio prende la vela, un hermoso libro sobre la vida y obra de uno de los compositores y músicos colombianos más completos, originales y versátiles de nuestra historia. En este libro sobre la vida de nuestro Lucho Bermúdez, saca a relucir toda su casta de cronista, su conocimiento de primera mano del personaje.

Es un relato **pletórico de aspectos desconocidos de la vida de Lucho**, resultado de la cercanía del autor con la familia y amigos del artista. La prosa es llana, fluida y cargada de hallazgos felices que hacen de su lectura un encuentro agradable. Publicado por Intermedio Editores en edición de lujo, a más de presentar y comentar la prolífica obra de Lucho en muchos géneros, luce en riqueza anecdótica y en sus rasgos como ser humano, algunos aspectos de los cuales queremos destacar en esta reseña. Luis Eduardo (Luchín), hijo mayor del primer matrimonio del músico con su prima Leda Montes, al referirse a su padre, dice: “Era un ser de una enorme sencillez, humildad y a la vez una maravillosa humanidad... Nunca se le subió la fama a la cabeza, ni siquiera en los años más altos de su gloria. Lo paraban los emboladores y vendedores de tinto y siempre tenía para ellos una sonrisa y una frase jocosa. Así en Cartagena, como en Bogotá, Medellín o Cali, era un hombre al que todo el mundo reconocía.”

Luis Eduardo Bermúdez Acosta na-

ció el jueves 24 de enero de 1912 en El Carmen de Bolívar, población ubicada a 140 kilómetros al sur de Cartagena y perteneciente a la subregión de Los Montes de María.

Para entender su enorme musicalidad, ubiquémonos en su niñez: el nacimiento estuvo enmarcado desde la tarde hasta la madrugada del día siguiente por los porros de la banda de El Carmen de Bolívar, dirigida por su tío-abuelo José María Montes, hermano de su abuela materna Concepción. Todo era una fiesta aquella tarde en el barrio Bureche donde residía la familia. Ocurrió algo similar con el nacimiento en Cereté (Córdoba), en 1945, de quien muchos años después sería su aventajado alumno, el maestro **Francisco Zumaqué**, otra gloria de nuestra música. Cuenta el autor que en su nacimiento estuvieron haciendo música la Banda de San Pelayo, la Banda de Mangelito y el trío de su padre, fundador de Los Macumberos del Sinú.



Carátulas de la obra musical de Lucho Bermúdez, cortesía del coleccionista de discos Sergio Ramírez.

Desde muy niño coleccionaba y hacía sonar las hojas de los árboles, como era usual en la comarca, en ausencia de instrumentos. Fue por esa habilidad que su tío José María le enseñó a tocar el flautín, su primer instrumento. Era tal su habilidad que ya **a los seis años se integró a la banda que dirigía su tío**. Ese momento de su vida, Lucho lo rememoraba bellamente: "... daba serenatas desde que era un niño y me ganaba veinte centavos por noche. La vida no andaba tan a prisa como ahora y toda la felicidad del mundo estaba al alcance de las manos. Uno gozaba con todo en un pedazo de patio donde cantaban los pájaros".



De El Carmen de Bolívar se fue a vivir con su abuela Concepción a Aracataca donde los esperaba el tío Jorge Rafael Acosta, hermano de su madre Isabel. Jorge Rafael era director de la Banda Santa Cecilia de Aracataca e inmediatamente, a sus nueve años, lo integró al grupo tocando el flautín.

El tío se convirtió en su profesor de instrumentación de vientos; le enseñó a tocar los demás instrumentos de la banda y a profundizar en el conocimiento del pentagrama. El período de Aracataca, de la mano de su tío Rafael, fue de grandes avances en el conocimiento del genio que ya **a los once años tenía composiciones propias**. Como alguna vez se dijo de un compositor clásico, Lucho era la música.

En la vida de Lucho desfilan grandes personajes con quienes estableció fuertes relaciones, pues a más de su sencillez era todo un caballero con un alto sentido de la amistad: para empezar, su amigo eterno y del alma, el médico Plinio Guzmán, y entre otros muchos cabe mencionar a Jorge Eliecer Gaitán, al compositor cubano Ernesto Lecuona, al compositor cartagenero Adolfo Mejía Navarro, a Celia Cruz y su esposo Pedro Knight, a Jorge Marín Vieco (el de Salsipuedes), Luis Uribe Bueno, Pacho Galán, y muchos otros.

De estas personalidades se destaca **el maestro que quizá más influyó en su formación musical académica**: el compositor italiano **Pedro Biava**, quien desde muy joven se radicó en Barranquilla y se convirtió en un personaje sustantivo en el desarrollo cultural de la ciudad. Otros de sus alumnos fueron Antonio María Peñalosa y Pacho Galán. A su conocimiento de los grandes músicos



Foto: Fundación Lucho Bermúdez, 1945.

populares se sumó , a través de Biava, el de la música universal, **desde el jazz norteamericano hasta los clásicos europeos**. En buena parte le debe su adopción definitiva del clarinete, como su instrumento principal, del cual su maestro fue un virtuoso. Otro alumno sobresaliente del maestro fue su hijo el violinista Luis Biava, gloria de Colombia para América, como concertino y director musical que fue durante muchos años de la orquesta sinfónica de Filadelfia.

Lucho Bermúdez y Matilde Díaz vivieron en Medellín de 1948 a 1956. Llegaron contratados por el Club Unión y luego por el Club Campestre, la voz de Antioquia y la voz de Medellín; ya la gente se sabía sus canciones y con ellos los antioqueños aprendimos a

bailar. Medellín los adoró; Lucho con su música y su sencillez conquistó al público y para cada transeúnte que lo reconocía tenía una palabra amable.

Jorge Alberto Marín Restrepo relató a Gustavo Tatis Guerra **la historia del porro Salsipuedes**: su padre, el escultor y músico Jorge Marín Vieco, sobrino del consagrado compositor Carlos Vieco, invitó a la orquesta a la inauguración de su finca en el barrio Robledo, donde tenía su taller. Entre ellos había una fuerte amistad; la fiesta se extendió durante tres días; nadie podía salir porque empezó a caer “un aguacero bíblico”. A alguien que quiso irse le dijo Lucho: “Sal si puedes”. Esa frase le quedó sonando, tomó el clarinete y nació “Salsipuedes”. Vieco, que no tenía nombre para su finca, lo encontró al fin en esa inspiración del genio de Lucho. Por Salsipuedes pasaron personajes tan importantes como el poeta Jorge Artel, la cantante barranquillera Estercita Forero y el poeta Pablo Neruda. Hoy en día es un museo.





Veintiocho años después de su muerte, **su obra continúa vigente**. Conquistó al continente con sus porros y cumbias tradicionales; sus arreglos jazzísticos para Big Band son notables, además la composición de ritmos del interior, como “Tus recuerdos”. Patricia Bermúdez, la hija de su matrimonio con Elba Gallo, es actualmente directora de la Banda Lucho Bermúdez, y cuenta sobre los hallazgos que encontró en “El baúl de sorpresas” de su padre: “Uno de esos tesoros musicales son sus obras sinfónicas inéditas que datan de los años cuarenta a los años sesenta. Son alrededor de ciento veinte obras (...) En su archivo encontramos arreglos orquestales, alrededor de mil doscientos. Haciendo un recorrido por sus composiciones nos encontramos con porros, cumbias, gaitas, fandangos, cumbiones, mapalés, pasillos, boleros, torbellinos, sonsonetes, chiviricos, entre otros”.

Entrar en las páginas del libro de Tatis Guerra, en su documentado trazo de la vida de Lucho, es redondear la imagen del hombre que alentó en la música que todavía nos pone alas en los pies, que al escuchar de nuevo “Tolú”, “Fiesta de negritos” o “Nelly”, nos recupera días y, sobre todo, noches de juventud idas, así como **el resplandor de la belleza** de muchachas que sigue ahí, en algún lugar de nuestras almas, aunque sus nombres ya se nos escapan.



Álvaro de Jesús Ramírez

Envigado. Ingeniero industrial de la U. de A. Gestor Cultural en la Sociedad de Mejoras Públicas, socio de la Corporación Encuentro Nacional del Tiple y columnista permanente en la Revista Musical La Vitrola.